

# **Bitácora de un Bibliotecario**



Edgardo Civallero

Bitácora de un bibliotecario

Selección de entradas | 2006-A

# **Bitácora de un bibliotecario**

**Selección de entradas | 2006 (01)**

**Edgardo Civallero**

© Edgardo Civallero, 2023.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Enero 23, 2006

## **Indiferencia y neutralidad**

Con una cerveza de por medio (y mi gastada pipa colaborando plenamente en la intoxicación de mis sentidos) conversaba, hace poco, con un colega —mucho más veterano que yo, dicho sea de paso— acerca del rol bibliotecario en la sociedad argentina en particular y en la latinoamericana en general.

Como un buen padre que aconseja a su hijo, mi colega me dijo que, a su entender, me convenía abandonar mis pretensiones de cambio y mejora social, y dedicar mis días y mis horas al mero trabajo técnico, dejando los delirios de lado, pues con ello iba a granjearme únicamente enemistades y problemas.

Tras un par de horas de semejante charla (cuyo contenido he oído o leído varias veces antes), mi buen amigo me dejó solo ante mi cerveza y mi pipa, y en mi cabeza —entre los vapores del alcohol y del tabaco— se alzó una sola pregunta: "¿Y no será que el mundo anda como anda porque está lleno de personas como ésta?"

Aún me lo pregunto. Y ahora estoy sobrio.

No considero que mi pensamiento sea el correcto... Tampoco compré la razón en un supermercado, ni bajó un arcángel de los cielos a entregarme la verdad en la mano. Pero a lo largo de mi breve vida profesional, me he dado cuenta del poder que tiene

un libro para cambiar la vida de la gente. Acompaña al anciano solitario, abre mundos al niño, informa al adulto, brinda posibilidades, educa, entretiene... Y mucho más: si se sabe usar, la información rompe cadenas, desata mordazas y levanta vendas de muchos ojos y tapones de muchos oídos.

Vivo en un mundo complejo, en una realidad dolorosa, pero no puedo anestesiarme e ignorar lo que ocurre a mi alrededor, lo que pasa en mi sociedad, en mi país, en mi familia. Soy parte integrante de todo, soy uno más de esos millones condenados a vivir una vida que, normalmente, muestra injusticias a diario. No soy pesimista: amo y admiro la vida y sus desafíos. Pero no dejo de ser realista, y de ver que hay muchos más problemas que soluciones.

Ser indiferente, y creer que todo lo que ocurre no me toca o no es cosa mía, no me sale. Porque lo que pasa a mi alrededor es enorme, es brutal, duele muchísimo, y hay que ser muy ciego o muy cobarde para desviar la vista hacia otro lado. Quizás mi "juventud" me lleve a comprometerme en cosas en las que colegas más avezados prefieren no involucrarse. Pero he oído opiniones igual de indiferentes en las bocas de algunos adolescentes.

¿Qué está pasando?

Después de terminar una carrera universitaria y sentir que tengo una mínima oportunidad de cambiar algún mínimo aspecto de la realidad, no puedo cruzarme de brazos y decir que soy *neutral*, que no puedo comprometerme porque mi trabajo es

solamente técnico o meramente informativo. Sencillamente, porque el tener una educación superior (algo a lo que no todos tienen acceso) me obliga moralmente a aplicar fuera de las aulas lo que aprendí dentro de ellas. Y el saber que, con lo poco que sé, puedo cambiarles la vida a unos pocos —o a unos muchos— me empuja, éticamente, a luchar por hacerlo, por lograrlo.

Leemos a diario acerca del poder de la formación, del valor de la información, del papel que juega la biblioteca en el desarrollo, la identidad y la memoria de un pueblo. Lo escuchamos en cientos de conferencias, seminarios, talleres, cursos, encuentros y foros. También sabemos de todas las carencias y los problemas que acarrea la falta de educación. Entonces, ¿qué ocurre? ¿Olvidamos las palabras y las ideas valiosas cinco minutos después de haberlas aplaudido o de haberlas leído...? ¿O nos quedamos en las palabras bonitas, y dejamos las acciones para los idealistas locos?

El concepto de neutralidad del bibliotecario me asusta. No he sido nunca testigo de un evento neutral. O quizás ocurra que soy muy radical y los grises y los medios tonos me espantan. En mi opinión, no existen posiciones neutrales: lisa y llanamente, es una forma de no tomar posición y de evitar el problema.

Y, hasta donde mi experiencia me permite ver, los bibliotecarios tomamos decisiones a diario, igual que cualquier otro profesional, que cualquier otro ser humano. ¿Qué libros incluimos en la colección? ¿A quién se permite el uso de los fondos? ¿Bajo qué condiciones? ¿Se permite el fotocopiado de los documentos? ¿En qué servicios se invierten los (escasos) recursos económicos disponibles? Estas son sólo algunas de las

decisiones (y, por ende, de las posiciones asumidas) que tomamos. Y tras todas ellas hay motivos: ideológicos, éticos, filosóficos...

No somos neutrales. Pero muchos colegas son *indiferentes*, cosa muy distinta. Son indiferentes a lo que pasa fuera (e incluso dentro) de los muros de su biblioteca. No sé si tal actitud es buena o mala (que yo no la comparto no me habilita a establecer un juicio de valor... aunque este texto no sea más que eso). Indiferencia hay en todas partes. Lo que sé es que no podemos disfrazar la indiferencia de neutralidad. Y que tenemos un deber ético, como profesionales, hacia nuestros usuarios, hacia sus necesidades y hacia el servicio que debemos brindar.

Fuera, en el mundo exterior, ocurren cosas que nada tienen que ver con las AACR2R o con la CDU o con el préstamo interbibliotecario o las bases de datos digitales. Ahí afuera se necesitan manos, esfuerzo, y cabezas que piensen. No vamos a cambiar nuestra realidad de hoy a mañana (tal vez no lo hagamos nunca). Pero, a veces, basta un grano de arena para ayudar. A veces, una sonrisa cambia una vida. Una lágrima, hace años, cambió la mía para siempre, y me convirtió en lo que soy. Muchos lo lamentan... Pero unos pocos —aún cuando no haga falta que lo digan— lo agradecen.

Basta comprometerse con algo, por mínimo que sea o por tonto que parezca. Basta con eso para que muchos encuentren que su profesión no es tan insulsa, que no somos tan invisibles, que no somos neutrales en absoluto (no podemos serlo), que valemos muchísimo más de lo que los estúpidos estereotipos remarcan. Que todo tiene sentido. Basta dejar la indiferencia y el mutismo de lado... por un rato, al menos.

Basta abrirse y buscar esas manos que necesitan ayuda. Nuestra profesión tiene una notable vertiente social, que nadie se ocupa en enseñar en las aulas de nuestras escuelas. No seamos indiferentes, o neutrales, o como quieran llamarlo. Comprometámonos. El pago ofrecido es nulo. Quizás una sonrisa o un abrazo. Pero les aseguro que ese pago mínimo durará por siempre, ahí adentro, en el rincón del corazón en el que guardamos todas aquellas cosas que realmente valen la pena.

Enero 30, 2006

## **Trabajo social...**

La labor social del bibliotecario no se centra en salir a la calle y salvar a la humanidad o al mundo. Estamos muy lejos de ser héroes. Creo que comprometerse con la realidad (desde cualquier profesión, situación o ángulo) no significa en absoluto asumir la responsabilidad de solucionar todos sus problemas, sus entuertos, sus conflictos o sus miserias.

*[En primer lugar, porque todos tenemos nociones diferentes de lo que es un "problema". En segundo, porque la situación social actual es más compleja de lo que parece].*

Comprometerse con la realidad social, sus conflictos y los problemas que acontecen en nuestro ámbito significa asumir una responsabilidad y un deber moral básico: aportar lo que se pueda en la estabilización, mejora, cambio o supresión de toda situación que resulte crítica o negativa.

Muchas veces, lo aportado —ese pequeño "grano de arena"— no sirve para nada. Pero, otras veces, hace mucho. Muchísimo.

¿Cómo saber qué situación es "crítica" o "negativa"? Creo que basta con aprender a mirar y a escuchar a nuestro alrededor: escuchar detenidamente las voces que nos

rodean. Pronto encontraremos las necesidades: las manos que buscan apoyo, las personas que nos precisan... Encontraremos ese nicho en el cual nuestro aporte será útil. Y ahí, en ese preciso momento, nos comprometeremos con una causa. Pequeña, ridícula, irrisoria, estúpida quizás... Pero nuestra. Y valiosa para nosotros (porque nos permite ayudar y crecer) y para aquel que la recibe.

La labor social de un bibliotecario (o de cualquiera) no significa obligar a nadie a nada. No significa forzar a alguien a escucharnos, a seguirnos, a aceptarnos porque creemos que nos necesita, por muy buena que sea nuestra intención o nuestro servicio. Significa buscar las manos que necesitan y desean nuestra ayuda, y brindarles lo que ellos pidan y necesiten. Forzar, imponer, ha sido el gran error de muchísimos programas (inter)nacionales; por ejemplo, los de apoyo al desarrollo o a la educación. Los servicios no son maravillosos porque creamos que otros los necesitan. En este sentido, es necesario abordar el trabajo social desde una perspectiva de desarrollo de base.

Esta perspectiva señala que toda persona con problemas suele reconocer (a veces con un poco de ayuda) cuál es éste, cuál es su origen y cuál sería la mejor solución, o la que él/ella espera. Basta escuchar, o hacer las preguntas correctas... y escuchar. Escuchar cuál es la mejor solución que el destinatario aplicaría si pudiera afrontarla. Está en nuestra mano que pueda. O, que al menos, lo intente.

Toda actividad implementada desde este ángulo debe realizarse en total colaboración con la comunidad de usuarios finales. Poniendo las herramientas en sus manos y

ayudando a que se usen y a que tal uso sea exitoso. De esta forma, la ayuda será natural, fácil, aceptable, y no un implante artificial pronto a ser rechazado por el receptor como algo incomprensible.

Quizás no cambiemos mucho, ciertamente. Pero les aseguro que, al menos dentro de nosotros algo cambia.

Como cualquiera que desee ser solidario, o que desee implementar novedades, hay que enfrentar indiferencia, falta de comprensión, respuestas cortantes, envidias, o incluso posturas agresivas. El desánimo suele llegar pronto; también la frustración. Pero siempre quedan buenas razones para seguir intentando, para que no se apague el fuego. Basta con no caer al primer intento, creer que es posible y seguir.

Y, si al final de un largo camino de intentos, siempre fuimos rechazados y jamás logramos un cambio, nos quedará la satisfacción de pertenecer al "Club de los que lo intentaron" y de haber abandonado la "Sociedad de los que se quedan cruzados de brazos por las dudas no vaya a salir bien".

Marzo 10, 2006

## **Desarrollo de base en bibliotecología**

Los proyectos de desarrollo de base son los más involucrados con la realidad social de la comunidad a la cual pretenden ayudar. Sin embargo, esta metodología de acción está poco difundida en el ámbito bibliotecológico.

Esta postura se diferencia del resto en su actitud, en su punto de partida, en su perspectiva de inicio. Los proyectos de desarrollo de base dan la palabra, en primera instancia, a los destinatarios. No se trata solamente de reconocer cuáles son los problemas, las carencias, las deficiencias, las necesidades (puntos que nos proveerán de elementos fuertes para establecer nuestros objetivos) sino de permitir a la comunidad expresar cuáles serían las soluciones desde su propio punto de vista.

No se trata de llegar a los destinatarios con soluciones enmarcadas únicamente en nuestra práctica profesional o en nuestros conocimientos académicos. Se trata de saber qué soluciones serían, en su propia opinión, las mejores para satisfacer sus necesidades y, a partir de este punto, agregar nuestro saber.

Pero, además, los proyectos de desarrollo de base ponen la acción, el control y la evaluación del trabajo directamente en manos de sus destinatarios. No, no se trata de dar el pescado o la caña: se trata de preguntar si una caña de pescar sería una buena solución (en vez de una red, un arco o un fusil) y, sólo entonces, explicar cómo se

construye dicha caña y cómo se usa, y ponerla en las manos de los destinatarios / usuarios, y esperar hasta ver los resultados, acompañando en el proceso y asesorando. Y, si la evaluación de la comunidad expresa que la solución aportada funcionó, que fue positiva, que fue correcta... sólo entonces el proyecto habrá tenido éxito.

Creo que las diferencias con los abordajes tradicionales de proyectos saltan a la vista.

En principio, no se parte solamente de la visión y la perspectiva del profesional. Muchos proyectos se basan únicamente en tal opinión, y en las impresiones iniciales que obtienen de visitas esporádicas / superficiales o de estadísticas impersonales (que pocas veces reflejan la realidad humana). La base de todo proyecto es una necesidad expresada personalmente por la comunidad. Y en esta fase, sirven de mucho las herramientas cualitativas de recolección de datos, tales como la observación participante, la descripción densa y las historias de vida. Personalmente, las he usado en comunidades rurales y aborígenes, y proporcionan unos datos de una calidad impresionante, que se pierden, en gran medida, en un estudio estadístico / cuantitativo.

En segundo lugar, los objetivos del proyecto se centran en las soluciones propuestas por la propia comunidad. Muchas veces, los profesionales creen que saben lo que la comunidad necesita. A veces tienen éxito, pero en muchas ocasiones, las soluciones propuestas son rechazadas como lo sería un implante extraño en el cuerpo de un ser humano. Recogiendo las soluciones propias de la comunidad, y agregando a eso el valor extra del saber profesional, se obtiene un resultado que responde a la

idiosincrasia de los destinatarios, y, a la vez, canaliza el conocimiento y las herramientas académicas.

Por último, el control y la evaluación del proyecto, si bien pueden realizarse a través de instrumentos expresamente diseñados para tal fin por el investigador, pasan principalmente por las manos de la comunidad de usuarios. Ellos mismos realizan el seguimiento del trabajo y evalúan si ha sido positivo o no para ellos. Y esa opinión es indiscutible. Porque todo proyecto en el que se vean involucrados grupos de seres humanos se convierte en un servicio destinado a satisfacer unas necesidades. Y la evaluación no puede ser externa a esos destinatarios: tiene que provenir del propio interior. Nosotros podemos pensar que nuestro proyecto fue grandioso, magistral, pero quizás los usuarios finales no compartan nuestro punto de vista.

En fin, esta área del saber —esta valiosa herramienta de trabajo— debería ser más explorada y empleada en bibliotecología. Su uso implica un enfoque interdisciplinario, combinando nuestro propio conocimiento con el de otras teorías, técnicas y metodologías. El enfoque se enriquece, y los resultados ganan en valor.

Quizás, a partir de estas perspectivas podamos comenzar a llevar adelante verdaderos proyectos bibliotecológicos con impacto social. Un impacto social que no se base en la cantidad de artículos publicados a partir de los resultados obtenidos, o en la cantidad de charlas y conferencias brindadas, sino en las mejoras efectuadas en la vida de los destinatarios.

Que, por si muchos no lo recuerdan, es lo que realmente importa en un proyecto.

Marzo 23, 2006

## **30.000 espíritus flotando en el viento...**

Hace 30 años, un 24 de marzo del año 1976, un golpe de Estado elevaba al gobierno a una junta militar, que iniciaba un periodo oscuro (1976-1984) dentro de la historia argentina contemporánea. Quizás uno de los tantos aspectos deleznable de tal régimen militar fue su política de violación sistemática de derechos humanos, incluyendo torturas, desapariciones, asesinatos y raptos. Estas políticas fueron sufridas por todos aquellos que se considerasen "subversivos". Tal "categoría" incluía desde militantes en partidos de izquierda y guerrilleros hasta trabajadores sociales y defensores idealistas de los derechos humanos, por no hablar de artistas y estudiantes, y sus familiares.

Entre todos los que cayeron, también desaparecieron bibliotecarios. Ellos son parte de las 30.000 almas que siguen clamando justicia desde el oscuro limbo en el que se esfumaron, hace tres décadas.

En Argentina, y a partir de este año, el día 24 de marzo ha sido declarado feriado nacional, como una especie de jornada de memoria. Y en esta jornada, en la que me permito pensar acerca de los valores puestos en juego en aquella guerra sucia, me doy cuenta de que el mejor homenaje que podemos rendir a las víctimas de esa dictadura bárbara es perpetuar su lucha.

Las palabras bonitas, los homenajes, las flores y las lágrimas, todo eso está muy bien. Pero creo que, si esas personas pudieran vernos —estén donde estén— desearían que perpetuáramos las ideas y las luchas reales por las que cayeron, por las que fueron detenidos y torturados, y asesinados y borrados de la faz de la realidad.

¿Defendemos esos valores? ¿Defendemos nuestra realidad, nuestros derechos? ¿Valió la pena la muerte y la desaparición y el sufrimiento de tanta gente? ¿Somos dignos de todo ese dolor? ¿O somos un pueblo de cobardes, escondidos bajo el "a mí que me importa", el egoísmo y la vanidad?

Creo que necesitamos volver a esos antiguos valores. No sé si hay alguien dispuesto a dar su vida por lo que cree, hoy en día. Lo que sí sé es que hay muchos dispuestos a aplaudir a los que sí lo hicieron. De esas manos que aplauden, siempre hay de sobra.

Pero no sirven. Necesitamos más manos que luchen. Tenemos 30.000 ejemplos. Basta con imitar uno sólo de ellos.

Abril 05, 2006

## ¿"Ayuda" internacional?

La conferencista explicó, durante un Seminario de 6 horas-reloj (dos días) la situación de las bibliotecas en un "país europeo" (pónganle el nombre que deseen). Expuso todos sus adelantos mediante diapositivas PowerPoint realmente asombrosas y bien diseñadas y, a través del intérprete, explicó todos los avances referentes a tecnología digital, comunicaciones y préstamos interbibliotecarios.

Cuando el seminario terminó, y una vez superado el sentimiento de frustración y vergüenza por saber que quizás nunca llegaremos a ese nivel profesional y tecnológico, nos preguntamos... "¿para qué sirvió la charla?"

En efecto, en ningún momento se proporcionaron metodologías de trabajo, elementos prácticos que permitieran la labor en la realidad local, conceptos adaptables / adaptados a las condiciones regionales... En verdad, la disertante no parecía conocer tal realidad local: simplemente se limitó a mostrar *su* propia realidad.

Repetimos la pregunta: "¿para qué sirvió la charla?"

Para saber que en ese país —y en gran parte de Europa y Norteamérica, Japón, Corea y Australia— los servicios bibliotecarios alcanzan niveles insospechados que, en recursos, nos superan ampliamente. Para averiguar tal cosa —algo que podemos hacer

con un par de *clicks* en Internet, si nos interesa— se pagó una cuota de inscripción, se recibió un certificado y se soportaron 6 horas de cháchara con intérprete y de denso PowerPoint.

Este fenómeno se repite hasta el hartazgo en nuestros países latinoamericanos. Se da en universidades, escuelas, ONGs, fundaciones, institutos y un largo etcétera: grandes profesionales foráneos que aportan un conocimiento valiosísimo... para ellos. Para nosotros es inútil si no se aportan las metodologías que permitan adaptarlo a nuestra realidad... o las metodologías que se usaron, o las bases teóricas del trabajo, o las recomendaciones internacionales, o algún elemento que nos permita usar ese conocimiento para algo más que para seguir sintiéndonos el último caramelo del frasco.

Necesitamos algo que pueda aplicarse aquí: elementos que puedan ser transformados y usados en nuestra sociedad, con nuestros recursos, respondiendo a nuestras necesidades. No recuerdo cuando fue la última vez que escuché algo de eso.

Cursos, conferencias, charlas, seminarios, programas de postgrado, educación a distancia: todo está signado por el mismo problema, pero nadie parece darse cuenta. Nosotros aceptamos los contenidos extranjeros como si fueran respuestas milagrosas a nuestros problemas y carencias. Parecemos creer que su aplicación en nuestras tierras será la solución automática que instantáneamente nos convertirá en lo que ellos son. Pronto nos damos cuenta que todo lo que aprendemos es inaplicable. Entonces ¿para qué perdimos tiempo aprendiéndolo? ¿Para conocer otras realidades?

Para eso hay otros métodos. ¿Para aprender otros puntos de vista? Si esos puntos de vista fueran pertinentemente transmitidos, serían más útiles.

Becas, subsidios, subvenciones son enviadas en grandes cantidades para proyectos cuyas realidades se desconocen. La mayoría de las veces tales proyectos tienen resultados fallidos o intrascendentes. Esos mismos fondos podrían estar proporcionando soporte a proyectos realmente útiles, apoyados incluso por equipos de investigación o docencia multinacionales. Pero no: nada de eso.

Docenas de profesionales extranjeros vienen a aplicar sus conocimientos a Latinoamérica... y se van con unas cuantas fotos, unas cuantas palabras en español en la mochila, y muchas buenas experiencias. ¿Y nosotros? ¿Aprendimos algo, obtuvimos algo, o fuimos el campo de experimentación de los colegas extranjeros, llegados para ver como es el "Tercer Mundo" y volver a casa a contarlo?

¿O quizás somos los conejillos de Indias para testear elementos que no se utilizan en ninguna otra parte del mundo, pero que aún empleamos en nuestras bibliotecas?

En fin, hay un gran listado de experiencias que alertan sobre una actitud latinoamericana de "admiración y alabanza" a todo lo que proceda de "países desarrollados", y sobre una actitud extranjera de arrogancia o, al menos, de descuido inconsciente. Si admiráramos luego de analizar, pensar y evaluar si el objeto de nuestra admiración realmente la merece, quizás dedicáramos menos tiempo a personas o realidades que no lo merecen (y podríamos destinarlo a cosas realmente

importantes). Si los colegas del exterior dejaran de venir al "tercer mundo" a experimentar, o a ayudar sin conciencia, o directamente a ejercer su caridad (intenciones buenas, quizás, pero mal orientadas) y orientaran un poco mejor su ayuda, y respetaran un poco más la realidad local, y se tomaran su tiempo para adaptar el saber que traen a las condiciones regionales, quizás su ayuda sirviera.

Pero si seguimos siendo hipócritas y alabando a todo aquel que viene de fuera como si recibiéramos al descubridor de la pólvora —y quedándonos igual de vacíos que antes cuando se va— sólo porque viene de fuera... seguiremos perpetuando una Maldición de Malinche que ya hace siglos que nos viene atenazando. Y la verdad es que, según mi parecer, hay mucha gente fuera de nuestras fronteras que puede enseñarnos mucho. Pero deberemos dejar, de una vez por todas, de abrir la boca para babear de admiración, y comenzar a abrirla para decirles qué es lo que necesitamos.

Abril 24, 2006

## **Día del Aborigen Americano**

El 19 de abril se celebra el Día Americano de los Pueblos Originarios. Se conmemora la fecha en que, por primera vez, se reunieron los delegados indígenas participantes en el Primer Congreso Indigenista Interamericano, en la Posada de Don Vasco de Quiroga, en Pátzcuaro, (Michoacán, México), en 1940. El Congreso fue el puntapié inicial para la creación del Instituto Indigenista Interamericano. La resolución emanada de tal Reunión fue reglamentada por el gobierno nacional argentino en 1945. Pero los altos principios que señala siguen siendo olvidados.

En Argentina, la semana del 19 de abril suele llamarse "Semana del Aborigen", y suelen generarse una buena serie de eventos conmemorativos, festejos y charlas. Para terminar la semana, se ha celebrado en la provincia de Formosa (NE argentino, población netamente indígena) el III Encuentro de Pueblos Originarios de América.

El fin de semana del III Encuentro, me encontraba en el otro extremo del país, en otra región históricamente importante para el mundo aborigen argentino: el oeste de la provincia de Buenos Aires. Participé como disertante en las I Jornadas de Historia del Oeste Bonaerense, que tuvieron lugar en la bellísima y siempre acogedora ciudad de Trenque Lauquen (nombre mapuche que significaría "laguna redonda"). Invitado muy cordialmente por la Biblioteca Popular "B. Rivadavia", pude disfrutar de un encuentro más que interesante. Pero, a la vez, me encontraba en una ciudad que fue fundada

durante la famosa "Campaña del Desierto", una campaña lanzada a finales del siglo XIX contra las poblaciones nativas que aún ocupaban la Patagonia argentina. El resultado fue el habitual: muerte para ambos bandos, ataques sangrientos, odios, y el exterminio de las culturas mapuche / rankülliche / "salinera" / "manzanera" que ocupaban las pampas y estepas argentinas. Sus descendientes fueron arrinconados en las tierras más inhóspitas, y los que supieron integrarse a la sociedad "huinca" (blanca) quedaron relegados a los estratos más bajos, sitio que siguen ocupando, a pesar de mostrar, en algunas zonas, una fiera resistencia y un orgulloso uso de sus costumbres.

Trenque Lauquen exhibe, en sus calles, el nombre de aquellos que "llevaron la civilización al desierto". Para otros, son los nombres de los genocidas de un pueblo originario. Para otros, los nombres de los dirigentes de una guerra en la que todos perdieron. Las perspectivas abundan. Lo cierto es que las tierras fueron robadas, los dueños originarios fueron deportados o ejecutados y la cultura se perdió. Actualmente siguen siendo olvidados. Es curioso: la tataranieta del gran cacique mapuche Calfucurá (famoso en la historia argentina) sigue viviendo en Trenque Lauquen... pero ¿alguien más sabe de ella, además de los trenquelauquenses? Los descendientes de los antiguos hijos de la tierra, de los antiguos dueños del cielo y de las flechas, han quedado relegados al papel más bajo dentro de las sociedades actuales.

Ocurre en Trenque Lauquen, y ocurre en el resto del país, y en el resto del continente. Ocurrió con la Campaña del Chaco argentino, y antes, con los avances de Chile sobre territorio araucano, y antes, con los avances portugueses y paraguayos, y mucho antes, con la destrucción de imperios...

Y sigue ocurriendo en Susques (Jujuy, NO argentino), donde aún sus niños mueren de frío; o en Misiones (NE argentino), donde se enferman de desnutrición; o en Santiago del Estero (centro argentino), donde son asesinados, y sus tierras, robadas; o en Neuquén y Río Negro (Patagonia), donde viven en estepas mientras los "gringos" poseen todas sus antiguas tierras, y sacan petróleo de sus cementerios, y queman el aire y envenenan las aguas. Y en Chaco, Corrientes y Catamarca, donde los trabajadores estacionales indígenas trabajan juntando algodón, yerba mate o caña de azúcar por centavos de dólar por día. Y en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y La Plata, donde los indígenas emigrados siguen siendo mano de obra barata, sangre esclava, carne de cañón (hasta que alguna fábrica ilegal se incendia y se descubre la situación, y todos "nos damos cuenta" de lo que pasaba, es decir, reconocemos algo que ya sabíamos pero que preferíamos no reconocer).

Y en resto de Latinoamérica es igual. "Cinco siglos igual", como diría León Gieco en uno de sus más famosos temas.

¿Qué podemos hacer los bibliotecarios? Hay miles de comunidades nativas que necesitan nuestra ayuda. Si quedan muy lejos y no pueden ir, hay muchos colegas que sí lo pueden hacer, y que necesitan apoyo. Hay muchos grupos indígenas viviendo en las grandes ciudades, y ellos también necesitan mucho, mucho apoyo. En mi ciudad, Córdoba, nadie se los da. Y es muy necesario, si nada de esto puede hacerse, que, al menos, se difundan los conocimientos y realidades indígenas desde la biblioteca. Que hagamos más por hacer saber que ellos aún viven, que luchan, que padecen.

Cuando dejaba Trenque Lauquen —para recorrer otras partes del sur de la provincia de Buenos Aires, en mi ya clásico nomadeo— me despedía a la vez de una ciudad hermosa y cordial y de un grupo de gente precioso y muy activo, pero, a la vez, también me despedía de una historia signada de dolor y de lucha, de mucho silencio, de muchas lágrimas vertidas. Me despedía de amplios bulevares cubiertos de árboles y de dedos que aún se levantan, discriminadores. Y pensé que es una realidad tan común en mi país, en nuestro continente, que nadie parece apreciarla. Y, mientras dejaba atrás la ciudad, me vinieron a la memoria unos versos de un poeta mapuche chileno, Elicura Chihuailaf, versos que adoro y que hablan, precisamente, de la libertad del pueblo mapuche, el mismo pueblo que había sido masacrado en esas tierras que yo cruzaba. Con estas palabras los dejo por hoy...

*El el mu kechi malall, kallí amulepe ñi ko.*

*El el mu kechi malall, wiño petu kuyfimogen.*

*Feypi Willi kürüf ñi vülü, mogenley ta ti*

*Inchiñ ñi kom pu che, ñi pu wenüy, mülfen ñi mogen.*

[Represas no... Que mis raudales sigan.

Represas no... Que vuelva la libertad florida.

Así dice el espíritu del viento sur, que no parece  
pues son mi gente, mis amigos, el rocío de la vida].

Mayo 19, 2006

## **Tradición oral, bibliotecas... ¡y muchos alumnos!**

Estoy nuevamente en Trenque Lauquen, en el oeste de la provincia Buenos Aires, una pequeña gran ciudad que no deja de asombrarme por sus calles-bulevares, su calma, su limpieza y la amabilidad de su gente. He sido invitado a dar un taller sobre recolección de tradición oral, una materia que, hasta donde sé, no suele dictarse muy a menudo en Argentina (al menos a nivel "popular") y en la cual tengo bastante experiencia. Es muy curioso: llegando a la ciudad, esta madrugada, me he enterado de que tendré 150 oyentes, y que la actividad ha sido declarada de interés municipal.

El interés por la recolección de testimonios orales viene de maestras, historiadores, docentes de niveles secundarios e investigadores particulares. En un país en el que la memoria parece estar hecha de humo, y en el que hay tantas historias por recoger (especialmente la de aquellos que llegaron de lejos, inmigrantes, buscando una nueva vida, o la de los pueblos originarios...), enseñar las técnicas de cómo hacerlo con propiedad es algo tremendamente positivo, y que tiene —como acabo de comprobar— una respuesta entusiasta

Mis actividades en el PROPALE de la Universidad Nacional de Córdoba, como docente de Bibliotecología, me han empujado a comprobar que, en casi todos los proyectos de bibliotecas populares y comunitarias —e incluso áulicas— planteados por mis alumnas (bibliotecarias, animadoras a la lecto-escritura y docentes de letras) se incluye

siempre, indefectiblemente, la recolección de tradición oral. Esto subraya la importancia que tiene esta actividad, y la poca que le damos los profesionales de la información, para los cuáles tal tema pertenece al área de la Historia o la Sociología. Como bibliotecólogo, creo que la oralidad es una parte más de la información valiosa que debe ser recogida en una "institución gestora de memoria" como es la biblioteca. Creo que las entrevistas de recogida de oralidad deberían ser consideradas una herramienta más de adquisición de fondos documentales, y que la propia biblioteca, como pulmón cultural de la humanidad, debería promover tal labor, convirtiéndose, además, en protectora de los materiales obtenidos, en gestora y difusora de los mismos.

La palabra hablada tiene tanto —sino más— valor que la escrita. Refleja las vicisitudes, las creencias y los conflictos y triunfos del pueblo, de ese pueblo que compone un gran porcentaje de la población y que jamás pudo escribir y publicar sus experiencias de vida. Es un caudaloso acervo de conocimiento que se pierde con la muerte de cada testigo, de cada narrador. Y, ciertamente, los bibliotecarios deberíamos conocer mejor cómo gestionar ese saber: cómo buscarlo, cómo obtenerlo, cómo protegerlo y cómo hacerlo público, para que la comunidad use y disfrute de su propia memoria colectiva, de sus propios recuerdos. Para que, a partir del pasado, se reconozca y comprenda el presente y se construya el futuro. ¿Acaso no hacemos eso con los propios libros que manejamos?

Saludos cordiales desde la bellísima Trenque Lauquen.

Mayo 23, 2006

## **Más sobre oralidad y bibliotecas**

La oralidad es parte intrínseca de la naturaleza humana. El lenguaje y su libre expresión es lo que hace al hombre lo que es. Sin lengua no existiría gran parte de nuestra cultura y de nuestra identidad como humanos. No habría socialización, ni educación, y mucho menos sociedad (una estructura construida en base a relaciones generadas por el habla).

Negar su importancia es negarnos.

Lo escrito no existiría si, previamente, no existiese lo hablado. Es un sistema secundario, dependiente y artificial (como señalan muchos lingüistas). Con esto no niego su tremenda importancia en la historia de las civilizaciones. Pero tampoco la ensalzo como a una diosa. Simplemente, la pongo en su justo lugar, es decir, a la par que lo oral. Ciertamente, la escritura hizo progresar a muchos pueblos. Pero no olvidemos que condenó a gran parte de la humanidad al olvido, porque, a lo largo de la historia, escribieron los poderosos, y reflejaron la voz del vencedor. Lo escrito siempre fue "poder", y el poder no está en manos de todos. Lo oral sí: es popular, es democrático, y puede usarlo cualquiera que sepa hablar.

No olvidemos tampoco que, si bien la escritura sentó las bases de muchos pueblos, otros miles crecieron y vivieron sin ella. Considerar analfabetismo o agrafía como

sinónimo de "subdesarrollo", "no-evolución" o "no-progreso" es una postura deplorable, evolucionista, que ha llevado a la discriminación y al olvido de mucha gente por considerárseles incapaces de leer o escribir.

Lo oral es importante y valioso. Es un tesoro, un milagro, parte de nosotros, de cada uno de nosotros. Y, como tal, debe ser protegido y conservado. Un alto porcentaje del saber humano no ha sido escrito nunca, aún hoy. ¿Diremos, por ello, que no existe o que no es valioso? Es un saber transmitido de boca en boca, a lo largo de generaciones, y nosotros mismos somos depositarios de parte de él. ¿Vamos a considerarlo, por el mero hecho de ser oral, como inadecuado, pobre, poco poderoso, poco digno de consideración?

Tal actitud me provoca cierta desconfianza. Y cierta tristeza.

Lo oral se caracteriza por su inestabilidad, pero también por su riqueza, por su complejidad, por su adaptabilidad. Es un soporte con sus propias características, y no por ser diferente o complicado debe ser infravalorado o desacreditado. Repito mi pregunta: ¿consideraremos a lo hablado como inferior a lo escrito porque el texto es y fue fuente de poder, de desarrollo, de seguridad? Me parece una postura pobre. Sobre todo, porque lo escrito es igual de inestable que lo oral, como bien demuestra todo el saber que se perdió por una simple chispa en Alejandría, Sarajevo o Bagdad. ¿Dónde quedó el poder de Nínive o de Pérgamo? ¿Dónde las memorias de esa gente, de esos grandes autores que confiaron en la "seguridad innegable" de la palabra escrita?

Está hecho cenizas. Porque el papel puede ser tan frágil como la memoria.

Guiarse por lo que parece más seguro no es siempre una buena actitud. Despreciar a lo que parece inseguro tampoco. Generar propuestas que den su valor a cada cosa, que integren, que complementen, me parece algo más positivo, más creativo y más humano.

Lo oral es parte integrante de nuestra memoria, cómo demuestran miles de culturas universales con riquísimas tradiciones orales, y miles de programas de narración de hoy en día, y miles de grupos de cuentacuentos que trabajan en la actualidad de aquí a Java. ¿Quizás esa pobre gente está perdiendo su tiempo en algo inservible? ¿O quizás estamos tan cegados con los valores que nos dan como "seguros" y "poderosos" que hemos perdido la capacidad para detectar la importancia y el valor de las pequeñas grandes cosas?

Se memoriza hablando y repitiendo, no escribiendo. Se memoriza contando, diciendo, y se aprende mejor de la palabra hablada que del texto, como bien saben cientos de miles de maestras/os en todo el mundo. El decir, además, permite una riqueza de expresión que queda muy limitada en la palabra escrita, como ya señalaran los clásicos griegos (que conocían muy bien el poder de la palabra hablada).

Si lo oral no fuese memoria, miles de argentinos no sabríamos nada de nuestros antepasados inmigrantes ni de su gesta viajera, ni los pueblos campesinos recordarían

sus tradiciones, ni los pueblos aborígenes contarían los ciclos de la tierra. Y así hasta el infinito.

No podemos negar el valor de la tradición oral. Permite el reconocimiento de la cultura propia, de la memoria grupal individual, y el uso esmerado del lenguaje propio, algo que en muchas sociedades urbanas literatas se ha perdido (como bien saben miles de docentes de lengua).

Si la biblioteca es una institución gestora de memorias (y no un mero almacén de textos), debe ocuparse de los dos aspectos: el escrito y el oral. Es una doble labor: puede alfabetizarse y a la vez promocionarse lo oral, apoyando los propios deseos de la comunidad (para eso estamos los bibliotecarios: para dar un servicio desde un punto de vista de desarrollo de base y solidaridad). Y cuando hablo de promocionar la oralidad no hablo solo de transformarla en documentos escritos o audiovisuales (a muchos no les servirían, pues no sabrían leerlos o no tendrían los aparatos para verlos). Hablo, sobre todo, de brindar espacios y apoyo a la expresión de la palabra hablada, desde la comunidad y por la comunidad.

Las técnicas de recolección de tradición oral deberían ser conocidas por los bibliotecarios, gestores de la memoria. No es sólo tarea de historiadores, sociólogos y periodistas. Quizás algunos museos lo hagan... pero no hablo de museos: hablo de bibliotecas. Quizás algunas bibliotecas "grandes" lo hagan... pero no hablo de esas, que son el 5% de todas las que hay: hablo de todas ellas, especialmente de las comunitarias y públicas, que son las que están en un contacto más directo con las poblaciones que

mantiene una fuerte tradición oral, y que necesitan de servicios de apoyo a esa tradición.

Lo oral no debería ser empujado hacia lo escrito. Debería ser enriquecido y complementado con lo escrito, pero jamás transformado. Eso se llama aculturación, o quizás presión cultural. Y es espantoso, porque es sinónimo del verbo "anular". He sido testigo de tales procesos y de sus resultados, que solo dan una infinita pena: gentes que olvidan sus tradiciones y su saber, su memoria y su arte, porque fueron convencidos y educados de que el texto escrito es la base del saber, es lo valioso, lo útil, lo poderoso, la herramienta para insertarse en la sociedad global. Esa es una postura positivista y materialista, y condujo a muchas culturas a perder su identidad y a posicionarse en un limbo del cual, ahora, nadie las saca.

Disto mucho de condenar lo escrito. Condono únicamente la importancia mayúscula que se le da, en detrimento de otros medios de expresión y comunicación de la información. La escritura es un instrumento valioso y bello, lo mismo que lo oral.

Muchas bibliotecas "pequeñas" han emprendido muchos trabajos (no publicados) de promoción y difusión de la oralidad. Muchos programas de lecto-escritura apoyan tales actividades. Muchos centros de investigación también. ¿Estarán equivocados? Como digo, son muchos los colegas que han emprendido tales acciones, pero no disponen de formación desde la bibliotecología: conceptos, métodos, teorías propias o interdisciplinarias. Por ende, creo que es hora de construir algo.

Cordiales saludos desde una Córdoba gélida, en el corazón de la Argentina.

Mayo 26, 2006

## **Anarquista**

Me ocurrió hace poco, en un taller que dictaba en la ciudad de Trenque Lauquen. Pero ya me había ocurrido en otros cursos, en Buenos Aires, en Córdoba, en Rosario. En cada clase, anoto —como advertencia preliminar— que los oyentes podrán escuchar algunas opiniones que quizás les resulten fuera de lugar. Ello se deberá a que soy anarquista, y a que, como regla personal, nunca callo lo que pienso.

El comentario que se ha repetido en todos los talleres —usualmente, durante la charla de café— fue el siguiente: "Creía que el anarquismo había desaparecido". O quizás un más contundente "el anarquismo está muerto".

El anarquismo filosófico —aquel nacido en las edades antiguas, en la Grecia de las *poleis*— hacía honor al significado etimológico de la palabra: *an-arché*, negación del poder. A lo largo del tiempo, tal expresión adquirió el significado de negación de autoridad, negación de las estructuras que ejercen poder sobre un ser humano, que oprimen, que limitan, que obligan... Desconozco si nací anarquista o me hice. Calculo que la última opción es la más aceptable: jamás acepté la autoridad por obligación, sino que la reconocí por respeto a capacidades mayores a las mías. Es la única forma bajo la cual un anarquista puede llegar a aceptar algún tipo de autoridad, que, en ese caso, ya no sería tal: sería una influencia. Los anarquistas no aceptamos estructuras verticales de ningún tipo, no ya solo en política, sino en la sociedad o en la religión. Es

por eso que el anarquismo es asociado tan frecuentemente al ateísmo: niega la autoridad de otro hombre para establecer la fe y sus procesos, niega el poder de seres superiores para dictar normas. Los anarquistas creemos que la autoridad reside en la coerción, y abominamos completa y profundamente de esa opción. La coerción únicamente conduce a que nos encadenen, a que nos limiten, a que nos digan qué hacer, cómo hacerlo, bajo qué condiciones. Y no entendemos la libertad bajo esas circunstancias. Libertad limitada no es libertad: es un sueño de liberación que nunca llega a concretarse.

Ser anarquista en el seno de una sociedad establecida sobre bases del poder de un ser humano sobre otro no es fácil. Pero no es imposible, como lo demostramos a diario. Si bien muchas cosas deben aceptarse porque no existen alternativas válidas, otras pueden elegirse. Y, siempre que tenemos elección, elegimos aquella alternativa que nos permita movernos en total libertad, ejerciendo nuestra solidaridad, trabajando en equipos y en estructuras horizontales, hablando de igual a igual, manifestando nuestra libertad de expresión y de acceso a la cultura, oponiéndonos firmemente al comercio con las cosas inmercantilizables (cultura, naturaleza, bienestar...). Lo que para algunos parece locura y utopía, para muchos de nosotros resulta un estilo de vida que, si bien no es simple, nos hace felices, porque nos permite respetarnos y respetar, y sentir que muchas de las miles de cadenas que llevamos encima por el mero hecho de haber nacido en sociedad, se van desvaneciendo, o aflojando.

Durante mucho tiempo, la expresión más conocida —o la más popularizada por los medios oficiales— del anarquismo fue la violencia radical armada. Todos los terroristas

y asesinos que actuaban bajo la supuesta bandera del anarquismo político fueron colocados como imagen estereotipada de esa corriente de pensamiento y acción, y de esa forma fuimos condenados como bestias salvajes, como asesinos sanguinarios, como chacales del demonio. Hoy no volamos puentes, no disparamos contra las autoridades, no preconizamos el caos como única forma de libertad. En realidad, los verdaderos anarquistas, los que profesamos un respeto casi "religioso" hacia las ideas básicas de esa filosofía, jamás nos planteamos la violencia como forma de acción, sencillamente porque creemos en el ser humano como base de la sociedad. Hoy, los que seguimos creyendo y actuando no volamos edificios: volamos mentes. Hacemos pensar, abrimos puertas a la luz entre tanta oscuridad, quitamos mordazas y vendas de los ojos, destapamos oídos, liberamos manos de grilletes seculares. Enseñamos, educamos, formamos, pero nunca en nuestra línea de pensamiento. Solo liberamos las manos para que ellas actúen en libertad, por sí mismas, haciendo uso de un libre albedrío natural que cada hombre y mujer posee. Defendemos la igualdad de todos los seres humanos, sin poder del uno sobre el otro: ni del hombre sobre la mujer, ni del rubio sobre el moreno, ni del rico sobre el pobre, ni del adulto sobre el niño. Defendemos el valor de cada lengua, sin poder de una sobre otra. Odiamos la palabra "dominante" porque representa poder injusto, poder establecido injustamente de un grupo o un individuo sobre otros. Y respetamos la autoridad por capacidad: aquellas personas que pueden ayudarnos a organizarnos y guiarnos en el camino por su saber, por su experiencia... Tales personas no necesitan imponerse sobre los demás exhibiendo títulos: solo necesitan hablar o actuar para obtener el reconocimiento automático de los que los rodean. Estoy seguro de que habrán conocido miles de personas así.

Volamos mentes, sí, y volamos murallas mentales: ayudamos a despertar, a pensar, a romper el asfalto con el que muchos pavimentaron y cubrieron nuestros sueños de ser y de sentir y de vivir y de luchar. Ayudamos desinteresadamente, damos clases sin cobrar, invertimos nuestros ahorros y nuestro trabajo en acciones que nos ayuden y ayuden a los que nos rodean. Creemos que el bien siempre vuelve, al igual que el mal, y, cuando regresa a las manos que lo engendraron, regresa multiplicado. Por tanto, somos siempre solidarios, y siempre actuamos a conciencia propia, olvidando las normas sociales que nos empujarían a actuar de tal o cual manera. Tales normas llevan encasillando y limitando a los seres humanos desde hace siglos, haciéndolos infelices, empujándolos a caminar caminos que jamás quisieron transitar. Esas normas y ese poder ejercido injustamente llevan a muchos a trabajar en puestos para los que no se sienten capaces, soportando la autoridad de personas mínimas y endebles que solo tienen un título para sentirse superiores y ser alguien. Esas normas llevan a temer a un dios cristiano vengativo, o a un cura que tiene en su mano el perdón de nuestros pecados. Esas normas llevan a que seamos discriminados por pobres, o por homosexuales, o por diferentes, o por... lo que sea.

Siempre hay una razón por la cual el poderoso aplasta y oprime. Siempre hay una razón por la cual alguien queda en la base de la estructura, soportando la gran pirámide, soportando los vicios y las falencias de otros.

Quizás vivimos transitando un camino al costado del mundo. Pero nosotros, los anarquistas, sabemos que no es así. Sabemos que estamos bien adentro del mundo, que luchamos por lograr una igualdad, una fraternidad y una libertad defendidas desde

hace siglos. Sabemos que luchamos por un imposible, pero, al menos, es una causa noble por la que luchar, es *nuestra* causa, es una causa que nos honra con bienes mínimos. ¿Cuántos han caído por luchas más innobles, manchados de sangre? ¿Cuántos desperdician su vida tras un éxito y una fama que no lograrán jamás?

En las bibliotecas, la anarquía es sencilla de llevar a la práctica: abrir los estantes, abrir las cabezas, abrir los libros, volar los muros, enviar la cultura a sus destinatarios por todos los canales posibles. Desconocer límites, desconocer imposibles, olvidar las normas... Trabajar en equipos, en células, en estructuras orgánicas y horizontales en la cual cada individuo desempeñe el papel que mejor sepa desempeñar. Abrir los ojos y las orejas de nuestros lectores, desatar trabas, proporcionar herramientas para el crecimiento, acompañar de la mano en los primeros pasos del desarrollo cultural, solidarizarse con aquellos que no pueden acceder a la educación o a la lectura...

Y, sobre todo, olvidar todas las barreras de autoridad olvidables. No todas pueden ignorarse, pero aquellas contra las que se pueda luchar, deben ser eliminadas. Porque la biblioteca ha sido, desde siempre, parte del alma del ser humano, el reservorio de gran parte de su cultura escrita. Y debe convertirse en las alas de sus usuarios, alas que les ayuden a volar, a elevarse sobre sus miserias cotidianas: educándose, riéndose, informándose, soñando...

Quizás el anarquismo sea una de las filosofías más humanistas que existen. Porque se basa en la libertad del ser humano, y preconiza y lucha por la ausencia de estructuras

que limiten e impongan otras voluntades sobre la libertad y la voluntad individual, la cual debe ser respetada y protegida en todo momento.

Muchos son los que actúan como anarquistas sin saberlo, sin importarles las etiquetas. Y eso demuestra el valor intrínseco de tal postura ante la vida, ante el trabajo, ante la fe, ante las relaciones sociales, ante la política: el valor de lo natural, de lo notable, de lo respetable. El valor de la libertad individual. Algo que no puede ser sometido por la fuerza, ni comprado con muerte y sangre. Sólo puede ser defendido con las propias manos, y despertado con bombas.

Bombas en la mente.

Junio 13, 2006

## **La cama de Procrustes**

Este Procrustes era un tipo curioso. Vivió en ese tiempo en el cual todavía existían, en la imaginación de los hombres, gigantes malvados y héroes que los vencían. Quizás sólo eran protagonistas imaginarios que representaban, en forma humana, los vicios y los brillos del alma del hombre.

Sea como fuere, Procrustes pobló algunos cuentos de los antiguos griegos. Al calor de los hogares, los viejos y los bardos contaban que este individuo en realidad se llamaba Damastes, aunque otros decían que su verdadero nombre era Polípemo. Su sobrenombre, "o Prokroustis", significaba "el estirador". La leyenda contaba que tendía en una cama de hierro a los caminantes desprevenidos que caían en sus manos, y, después de atados, si sus miembros no alcanzaban el largo del lecho, los estiraba hasta que tuvieran la misma longitud, y, si eran más largos, cortaba la parte sobrante.

Simpático. Muy simpático.

Parece ser que, de acuerdo a los relatos clásicos, el héroe Teseo —el mismo que escapó del laberinto del Minotauro— se encargó de hacer disfrutar a Procrustes de su cómodo lecho. Debido a la estatura del gigante, los resultados pueden imaginarse.

Esta leyenda siempre me hizo reflexionar sobre algunas conductas sociales, propias y ajenas. Muchas veces he presenciado cómo, para alcanzar algunos fines preestablecidos, las cosas se deforman, o se mutilan, perdiendo, por ende, su propia naturaleza original. Es el caso de algunos proyectos, cuyos resultados son totalmente destrozados para ajustarse a los objetivos previstos.

He visto, incluso, muchas mentes convertidas en marcos de hierro, modelando la realidad para que se ajuste a sus patrones o a sus conveniencias intelectuales, éticas o morales.

En el caso de las bibliotecas, el modelo de "cama de Procrustes" se aplica muy frecuentemente. Pocas veces las unidades de información responden exclusivamente a las necesidades y realidades de sus usuarios o de la sociedad a la que debe servir (recordemos que las bibliotecas proveen servicios, palabra derivada del verbo "servir"). Generalmente siguen algunas políticas prediseñadas (quizás por estamentos superiores a la propia biblioteca) y buscan que los usuarios se adapten a ellas de alguna manera. Quizás estirándose. Quizás siendo mutilados.

Así, la institución se convierte en un inflexible lecho de acero de proporciones determinadas, y la comunidad destinataria de los servicios pasa a ser la desprevenida caminante que es adaptada, a la fuerza, a tales dimensiones.

Lo más triste del caso es que, generalmente, para lograr tal adaptación hay que cortar miembros. Muchos.

Quizás me he puesto muy metafórico y mis palabras no sean comprendidas, así que me detendré un instante a analizar la realidad. Las bibliotecas populares que trabajan en sociedades necesitadas y no dejan entrar a su sala a niños de la calle porque "huelen mal", "ensucian todo" o "alborotan" son un caso clásico y real que ilustra mi metáfora. No, no se rasguen las vestiduras: tales bibliotecas existen, las conozco, he estado en ellas, he visto con mis propios ojos que actúan así. Por vergüenza o hipocresía callamos o miramos hacia otro lado, pero ustedes y yo sabemos que existen. En este caso, la cama es estrecha, muy estrecha, tanto como las mentes de los dirigentes de la biblioteca en cuestión: la discriminación y la exclusión son marcas indelebles que señalan un espíritu pobre. Y la desprevenida caminante de turno —una sociedad con amplios sectores o grupos desaventajados— es muy grande. Lamentablemente, a la hora de adaptar tal cuerpo a la estrecha cama, el "corte de miembros" siempre cae en el mismo sitio: los pobres, los excluidos, los olvidados, los "sucios", los "de la calle"...

Hace poco me comentaban que, debido a la escasez presupuestaria a la que son sometidas las bibliotecas populares (públicas) argentinas, no siempre se puede brindar servicios a todos, y que por eso es necesario "cortar miembros".

Si tales servicios se brindan a niños de clase media, "limpios" y "bien vestidos", también pueden proveerse al resto. Hasta donde yo sé, leen lo mismo. Si hay escasez, la hay para todos; si hay materiales, también.

Algunas colegas me explicaron que ellas, como bibliotecarias, no tenían la obligación ni el deber de hacerse cargo de una caterva de chiquillos que inundaban la biblioteca con malos hábitos y comportamientos, desordenando todo, ensuciando todo... Mencionaron que ellas no eran maestras: eran bibliotecarias.

Y yo me/les preguntaba —salvando los aspectos de mal comportamiento— cuáles eran sus obligaciones como bibliotecarias. Porque, hasta donde yo sé, el bibliotecario es un comunicador, un educador, un facilitador. Y un niño debe ser educado, en casa y fuera de ella. Es nuestro trabajo: no somos "ordenadores de libros en estantes". Los libros están allí para ser leídos, y nosotros estamos para animar a la lectura, para orientar en el descubrimiento de esos universos, para "culturizar". Que los niños griten o estén sucios es otra vaina, y podemos charlar sobre ella en otro momento. Las puertas de la biblioteca nunca —nunca— deben ser cerradas a su comunidad.

El método de planeamiento bibliotecológico más en boga en este momento —el que yo llamaría "procrusteano"— responde a una estructura sencilla: se toma un modelo conocido (generalmente europeo, urbano y desarrollado) y se lo implementa en una comunidad determinada (universidad, ciudad, localidad, pueblo, grupo social, etc.). Pocas veces se realiza una evaluación inicial que permita adaptar flexiblemente tal modelo a la situación de los destinatarios. Normalmente se espera que los usuarios se adapten al modelo, cosa que pocas veces ocurre. De este modo, muchos —muchísimos— son dejados fuera de la biblioteca, por motivos diversos: porque no saben leer (y nadie se encarga de enseñarles), porque no saben lo que es un libro (y nadie se encarga de mostrarles), porque no saben disfrutar de la lectura (y nadie sirve

de mediador y animador), porque le tienen miedo a la biblioteca (y nadie se los quita), porque la desconocen (y nadie se ocupa en hacerla conocida), porque no encuentran en ella lo que buscan (y a nadie le importa), porque sus canales de comunicación son otros (p.ej. orales, y la oralidad queda siempre fuera de la biblioteca), porque la cultura local no está representada (y a nadie se le ocurre internarse en ella e incluirla) y un largo etcétera que podría, muy bien, dar origen a un bello libro que podría titular "¿Por qué la gente no pisa el umbral de mi biblioteca?"

*[¿Quizás por la misma razón por la que los caminantes de la leyenda griega evitaban cruzar los terrenos del "monstruo de la cama"?)*

Si no queremos que nuestras unidades se conviertan en los lechos de tortura de villanos legendarios, debemos reconocer, en principio, que nuestro trabajo se basa en un servicio, y que, como tal, debemos adaptarnos a los problemas y las necesidades de nuestros destinatarios (expresadas en todos los puntos anotados en el párrafo anterior). Debemos responder a ellas con imaginación, con ganas de trabajar, con ánimos, con creatividad... Y no me hablen de fondos inexistentes y recursos escasos porque he armado personalmente muchas bibliotecas con hojas de papel usadas en imprentas, diez libros viejos y un par de casetes. Los niños que descubrieron la lectura con esos libros viejos y esas hojas son ahora lectores acérrimos.

Basta con darnos cuenta de que la biblioteca es como el agua: puede adaptarse a cualquier recipiente sin que su naturaleza cambie. Y hasta puede cambiar y convertirse

en un vapor que viaje o en un sólido bloque de hielo que resista los golpes, sin dejar de ser, por ello, lo que siempre fue: agua.

Lo sé: los niños no son nuestros únicos usuarios. Pero son los que más sienten el "corte de miembros". Y son el futuro de nuestras tierras y de nuestros pueblos. Sin embargo, el "corte" puede hacerse extensivo a adultos en comunidades rurales, grupos minoritarios, poblaciones periurbanas, barrios marginados... Pocas/os colegas se aventuran a proporcionar servicios a esos grupos, y cuando lo hacen, usan siempre, indefectiblemente, una cama de Procrustes.

Con este texto he revivido al gigante muerto. Aunque quizás nunca murió y siempre existió, en muchos aspectos de nuestras vidas como seres sociales. Quizás la solución que dieron los antiguos griegos para este mal sea —aunque cruel— la más adecuada: hacer probar, a los que limitan y cortan, un poco de esa medicina que tan pródigamente administran a los demás. Notarán rápidamente lo terrible que es ser adaptado, por la fuerza, a una situación que no responde a sus expectativas. Y quizás así las bibliotecas pierdan unas estructuras férreas que nunca debieron tener.

Porque la biblioteca es como el agua: una eterna vencedora de límites, libre, adaptable y viajera.

Julio 03, 2006

## **Aventuras en la biblioteca...**

—Ustedes los bibliotecarios son un perno, Edgardo— me dice una amiga que estudia en una universidad, aquí en Córdoba. Para los desconocedores de los modismos argentinos, "ser un perno" es algo así como ser una molestia. Una muy, muy grande.

Suspiro y le cebo un mate, tradicional proceso de nuestra región latinoamericana en el cual se vierte agua caliente en un recipiente de madera o calabaza —del tamaño de un vaso— lleno de hojas molidas y secas de yerba mate, un arbusto regional del estilo del té. La infusión que se produce se sorbe a través de una cánula metálica llamada *bombilla*. Se bebe por turnos (un mate no contiene más de cuatro o cinco sorbos) hasta que la yerba se *lava*, es decir, pierde su gusto y es preciso reemplazarla. Descrito así, parece un proceso difícil e incluso a mí, en este momento, no me parece ni agradable ni amigable. Pero para nosotros es una tradición muy arraigada: es una bebida que metemos al cuerpo cada dos por tres a lo largo del día, es una buena dosis de mateína (un alcaloide parecido a la cafeína) y es todo un rito y una forma de relación social.

—¿Así que "un perno"?— le digo a mi amiga, sonriendo irónicamente. —¿Y eso?

—Ayer fui a buscar un libro muy básico a la biblioteca de la "facu"— masculla, mientras toma el mate. —Estuve más de media hora intentando entender el sistema que utilizan las computadoras esas que tienen para buscar los libros...

—Los OPACs— la interrumpo, intentando aportar algún dato clarificador.

—Como se llame— me dice con fuego en los ojos, devolviéndome el mate vacío.  
—Honestamente, esas instrucciones están escritas para ser entendidas por ustedes y sólo por ustedes. ¿Pensaron en algún momento que hay gente como yo, que odia las computadoras? Me perdí, me perdí entre tantas combinaciones de teclas, entre tantas opciones...

—Bueno, tampoco es para tanto— le digo, intentando tranquilizarla y cebándome un mate, porque ahora es mi turno.

—¿Ah, no? Después de media hora todavía estaba parada como una estúpida delante de la máquina, apretando teclas sin éxito, intentando seguir unas instrucciones que habían sido escritas por el demonio, y con una hilera de gente atrás mío que no te imaginás...

—¿Mucha gente?— pregunté, por preguntar algo.

—No, mucha no, pero los resoplidos de impaciencia y las miradas de odio hubieran secado un lago.

—Uy...

—Pero eso no es lo peor. Que ustedes se crean los dioses de la tecnología y no piensen en nosotros, los pobres mortales que no entendemos ni papas de computación, vaya y pase. Si soy analfabeta en esto de las computadoras, es mi culpa. Y si soy tonta y no comprendo las instrucciones, es mi culpa también— Le doy su mate, pues es su turno. Respira dos o tres veces para calmarse, mientras bebe la infusión caliente. —Lo lindo vino después...

—Ah...— respondí, mientras pensaba para mis adentros que muy "lindo" no tuvo que haber sido, dada la cara y el tono con los que lo dijo.

—Como no podía conseguir el libro a través de las computadoras, o como se llamen, me fui al mostrador de atención, a ver si las bibliotecarias me ayudaban.— Acá hizo un silencio mientras terminó el mate, me miró con el ceño fruncido y, mientras me devolvía el mate vacío, me preguntó, curiosa. —¿Son todas mujeres en tu profesión?

—Casi— le dije, mientras me cebaba un mate a mí mismo. —Los hombres somos poquitos. ¿Por qué lo preguntás?— dije, acabándome mi mate.

—Uffff, querido, vaya caras y vaya modales los de las tipas esas del mostrador. Aquello era un aquelarre... Parecía que estaban ahí para desanimar al uso de la biblioteca, o para echar a los estudiantes, o para ladrar... ¡No sé!— y gesticula con las manos, como

hacemos todos los argentinos cuando nos excitamos. Se nota que el trato de las bibliotecarias del mostrador no fue el mejor.

—Pero ¿qué fue lo que pasó?

—Hice una cola de veinte minutos, hasta que me atendieron. Les pregunté por el libro que buscaba, y me mandaron a las computadoras a buscar el número...

—La signatura topográfica— apunto, mientras le paso un mate. Casi me lo tira a la cabeza.

—¿Te gustan todas esas palabrejas, no?— me dice irritada. —¿Qué carajo me importa cómo se llama ese número de mierda si lo que yo quiero es mi libro, nada más...?— Ya se había enojado. Feo. Muy feo. —¿Ves? ¿Ves? Ese es el problema con ustedes: son tan organizados que le ponen nombres y etiquetas y burocracia y silencio y orden a todo, y todo tiene que seguir la estructura y el proceso adecuado... y yo sólo quiero mi libro para poder estudiar, o leer, o hacer piruetas con él, o lo que me venga en gana.

—Bueno, che, calmate— le pido. Se detiene y se toma el mate.

—Estoy segura que en tu carrera tienen una materia que se llama "tortura de estudiantes". ¿Qué les hacen a ustedes en esa Escuela de Biblioteco—lo—lo—lo... lo que sea? ¿Les cuadriculan el cerebro, se lo asfaltan? ¿Cómo es el asunto? ¿En serio, no se dan cuenta de que tanta estructura hace daño?

—Bueh, bueh... ¿Qué te dijeron en la biblioteca?

—Me pidieron que fuera a buscar el dichoso numerito a las "compus", pero les dije que no sabía usarlas. Me dijeron que las instrucciones estaban al lado, que era muy fácil. Les dije que ya lo había intentado, que había estado media hora delante de la pantalla, pero que no había caso, era muy taruga con las máquinas. Solo les pedí que me ayudaran porque no quería irme sin el libro, lo necesitaba para estudiar.— Me devuelve el mate. Le cambio la yerba, que ya ha perdido el sabor, y la reemplazo por yerba nueva.

—Bueno... ¿Te consiguieron el libro?

—No— me responde, enojadísima. —Con un tono de empleado de McDonald, la colega tuya que me atendía me dijo que ella necesitaba el numerito ése para poder encontrar el libro en los estantes. Le pregunté si no me podía ayudar a buscar en la "compu", o si no me lo podía buscar ella. Así que la tipa, con la peor cara que hayas visto...

—¿Peor que la tuya en este momento?— la pincho, tomándome mi mate. Me mira, y si las miradas mataran yo ya estaría tomando mate con Belcebú.

—... me acompaña a las máquinas y me dice cómo buscar el libro.

—Bueno— sonrío —¿Lo encontraste?

—Si, después de otros veinte minutos de búsqueda. ¿Me querés explicar para qué ponen todos esos datos en la pantalla de cada libro?

—Bueno, a veces son útiles...

—¿Para quién?

—Para algún investigador que necesite saber la editorial, el año, el número de páginas, si tiene ilustraciones... Son datos importantes para saber un poco más sobre la calidad de un libro. Que una taruga como vos no los use no quiere decir que no sean importantes— la pincho nuevamente, tomándole el pelo. Pero no le hace maldita gracia.

—¿Y qué porcentaje de lectores de una biblioteca consultan esos datos? ¿De verdad creen que todos los lectores usan esa información?

—Bueno, no todos, pero...

—No, no todos— me interrumpe, exasperada. —Solo unos pocos, y los demás, a joderse y a aguantarse.— Se toma el mate que le paso. —Además, esa pantalla blanco y negro de MS-DOS... ¡por favor!

—Eso es CDS-ISIS, un programa diseñado por la UNESCO...

—¿Ajá?— se ríe a carcajadas. —¿Y qué? ¿Los gringos lo están experimentando con nosotros, o es que lo encontraron arrinconado en el depósito de desperdicios y en vez de tirarlo a la basura lo mandaron para acá para quedar bien con el Tercer Mundo?— Se desternilla. —Si "Parque Jurásico" tuviera un dinosaurio bibliotecario, seguro que usaba ese sistema.

Tengo muchas ganas de mandarla a cierto sitio, pero me contengo: tengo que reconocer que, al fin y al cabo, lo que dice es cierto. Además, la imagen de "dinosaurio bibliotecario" me hace gracia: me recuerda a cierto par de colegas...

—Hay sistemas más modernos. Bueno... ¿y el libro?— le digo.

—Ah, sí... Me costó un montón encontrar el dichoso numerito, pero lo encontré. El tema es que cuando volví al mostrador con mi mejor sonrisa de triunfo, e hice otra cola de veinte minutos, resulta que había copiado mal el dato. Había olvidado un puntito.

No pude evitar soltar una tremenda carcajada. Esta vez mi amiga está totalmente dispuesta a hacerme tragar el mate entero, con bombilla incluida, razón por la cual no le hablo de la conveniencia de realizar un Curso de Formación de Usuarios.

—¿De qué te reís, estúpido? Para colmo, a esas alturas la bibliotecaria ya me trataba como a una completa imbécil.— Yo asentía, divertidísimo, imaginándome la situación.— Así que me pidió título y autor y lo buscó en su propia computadora. Y

ésta es la mejor parte: si tardó 25 segundos en encontrar el libro y su número, es mucho.

Me miró, con la ceja izquierda enarcada y una media sonrisa, mientras me devolvía el mate.

—Ya veo— le digo. —Si hubiera hecho eso desde un principio, te hubiera ahorrado una hora de búsqueda y la humillación de sentirte una tarada informática.

—Exacto. Si le pido el libro por título o por nombre de autor, ella lo puede buscar en su computadora y traérmelo, en vez de empujarme a enfrentar un monstruo que no me gusta, que es prehistórico, que me tira a la cara un montón de datos que no entiendo ni me sirven, y entre los cuales tengo que buscar un numerito que encima está lleno de códigos secretos.

—Bueno, así que conseguiste tu libro— le digo, desviando el tema y tomándome el último mate, porque ya estamos ambos más que hartos de beber ese líquido verduoso.

—Nop— me responde, riendo ya. —Antes de encontrar el libro, un clásico de Baudelaire, en su compu, la muy bruta me preguntó cómo se escribía el nombre del autor. Decime... ¿a ustedes no les enseñan cultura general? Porque si me preguntó cómo se deletrea "Baudelaire" quiere decir que nunca lo vio escrito.

—No, no tenemos una formación demasiado sólida en esos temas, al menos en ciertas partes del país.

—Pues deberían tener una formación más sólida en varias cositas— me dice con retintín. —Bueno, el tema es que el libro no era muy usado, era una edición vieja y estaba en el depósito. Así que me dijo que volviera más tarde, porque había que ir a buscarlo.— Se pasa los dedos por los cabellos. Adivino que tiene ganas de matar a alguien, tan sólo de recordar ese mal rato. —Le dije que lo necesitaba urgente, que no podía esperar, que tenía clase y otras cosas que hacer, que ya había perdido un montón de tiempo haciendo algo que ella misma podría haber hecho en segundos. Me dijo que tenía mucho trabajo, y más usuarios esperando a mis espaldas, pero que si esperaba veinte minutos me lo buscaba.

—Date cuenta— le digo a mi amiga —que tenemos muchos usuarios en las bibliotecas, y que a veces se hace difícil...

—¿Qué?— Parece una leona. —Edgardo, si esa bibliotecaria hubiera estado sola, yo lo hubiera entendido. ¡Pero había otras dos colegas tuyas, sentadas cómodamente en un escritorio, charlando de lo que habían hecho el fin de semana, mientras ordenaban unas fichitas de cartulina, sin mover el culo una décima de milímetro!

—Ya...— respondo. "Actitud muy común en muchas bibliotecas universitarias" pienso para mi colete.

—Así que le hice un movimiento con el mentón a la bibliotecaria que me atendía, señalándole a sus compañeras. No sabés: la tipa se puso de peor humor, y me dijo "Ah, sí, acá las esclavas somos las pasantes". Ahí entendí, ahí entendí todo. "Está bien", le dije "no te preocupes, ya conseguiré ese libro". Y me fui.

*[Aquí aclaro que los "pasantes" son estudiantes de bibliotecología que hacen prácticas laborales "rentadas" en bibliotecas, generalmente universitarias o privadas, bajo la condición de que obtengan cierta formación profesional. Por lo general son usados como mano de obra muy barata o casi esclava, y no obtienen jamás una educación adecuada... o alguna educación].*

—Uffff...— le digo, mientras busco en la alacena algunas galletas. —Mejor no te pregunto tu opinión acerca de mi profesión.

—Mirá— me responde —tengo que reconocer que a veces ustedes son útiles, pero, en general, me parece que deberían de dejar de estar entre los libros y los lectores, y sólo deberían ayudar en la conexión, ayudar en serio, ayudar con ganas, dar un verdadero servicio, ser intermediarios... Porque lo que yo vi en esa biblioteca no eran intermediarias entre los libros y yo: eran barreras. Barreras silenciosas.

—¿Te mandaron callar?— le pregunto.

—Sip. ¿Siempre son así, ustedes?— me dice, intrigada.

—No, no siempre. Pero es la tradición. Aunque siempre podés romperla. Todavía me acuerdo de aquella biblioteca en la que trabajé hace un tiempo: venía mucha gente mayor a leer "porque la música era buena".— Mi amiga se ríe. —Sí, ponía música. Mucha música. Y era buena.

—Conociéndote, no lo dudo.

—De todas formas, date cuenta de que muchas personas que trabajan en bibliotecas están en puestos que no les gustan, o intentan sólo hacer su trabajo, sin mucha pasión, o tienen jefes o jefas que los maltratan...

—¿Y yo qué culpa tengo? Si brindás un servicio, hacelo bien; si no, no lo brindés.

Le convido unas galletas. "Tomá, endulzate la vida, sacate el mal sabor de boca". Me sonrío, mientras voy a mi biblioteca y saco un tomo viejo, muy gastado.

—¿Era esto lo que buscabas?— Es una edición completa de "Las Flores del Mal".

—Yo sabía que un lobo estepario como vos tenía que tener ese libro— se sonrío. —Sí, era ese. En realidad, venía a pedírtelo.

—Ya sé. Te conozco, caradura...— Me sonrío de vuelta.

—¿Lo leíste?

Asiento.

—Un bibliotecario con cultura— me dice, enarcando nuevamente la ceja izquierda.  
—¿Me contás qué te pareció?

Asiento también.

—Y si me ayudás a hacer el trabajo, completamos la ayuda.

Amigos son amigos. Suspiro resignado, y le señalo el mate. Ahora será su turno para cebar.

Y, mientras la ayudo, recuerdo a todas/os aquellas/os colegas que se comprometen con su trabajo: los populares que ayudan a hacer las tareas a los niños y que hacen malabares con un presupuesto inexistente para que sus usuarios lean; los universitarios que apoyan hasta el final a tesinistas e investigadores, y que violan muchas normas —a costa de su pellejo— para que los estudiantes rindan sus exámenes; los escolares que se matan para que sus usuarios tengan los materiales necesarios, rebuscando en Internet o destripando revistas. Y pienso que a veces no hace falta tanto protocolo, tanto silencio, tanta estructura, tantas normas, tanta computadora, tanta burocracia, tanto proceso. Podría ser todo muchísimo más fácil y muchísimo más humano si tan sólo le pusiéramos alma y ganas. De hecho, muchos lo hicimos, lo hacemos y lo haremos así.

Quizás vivimos nuestra profesión con demasiado corazón. Aunque, después de todo, tal vez no esté tan mal.

Julio 10, 2006

## **Saber científico y *Open Access***

Los próximos días 10-12 de agosto tendrán lugar en Buenos Aires las XIII Jornadas de Investigación y el II Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Dentro de tal evento, se presentará la BVS-ULAPSI, la Biblioteca Virtual en Salud de la Unión Latinoamericana de Entidades de Psicología, una propuesta de Archivo de Acceso Abierto. La entidad que ha servido de modelo y base a esta red de trabajo es la ReBAP, sociedades científicas, asociaciones, etc.

Para la efectiva construcción de la BVS-ULAPSI, cada país debe generar su propia Biblioteca Virtual, según el modelo y orientados por la BVS-Psi Brasil. En lo referente a Argentina, se espera configurar la red durante las Jornadas arriba reseñadas. Confío en que los organizadores tengan mucho éxito, y que los colegas argentinos se sumen a la idea.

Todos estos eventos se basan en una misma idea: la del Acceso Abierto y su relación con la gestión del saber.

El movimiento *Open Access* (Acceso Abierto) es un esfuerzo internacional por garantizar el acceso libre a la información actualizada, especialmente a la de índole científica. Se pretende que todos —todos— los miembros de la sociedad, sean cuales

sean sus características y sus posibilidades, accedan libre y gratuitamente a los avances culturales y científicos universales.

Se trata, básicamente, de liberar el conocimiento. Este objetivo puede lograrse a través de dos estrategias principales: Archivos Abiertos (que almacenen textos enviados por sus autores y los pongan a disposición de los lectores) y Publicaciones de Acceso Abierto (que se publiquen en línea de forma gratuita). Ejemplos de la primera son las Bibliotecas Virtuales o los archivos de E-LIS; ejemplos de la segunda son las revistas incluidas en el DOAJ (Directory of Open Access Journals, Directorio de Revista de Acceso Abierto).

Por si no lo sabían, una gran parte del saber tecnológico y científico humano (información estratégica para el desarrollo socio-económico y cultural de este planeta) es usada con fines de lucro. Es decir, se compra y se vende.

Estoy seguro de que lo saben. Quién más o quien menos, alguna/o de ustedes habrá blasfemado contra los precios exorbitantes (¿30 dólares por artículo? ¿El sueldo de cualquiera de ustedes a duras penas alcanza para pagar 10 de ellos?) que editoriales como Elsevier o Springer ponen a las revistas verdaderamente valiosas. Quién más o quién menos, habrán sonreído al ver los títulos que incluyen las bases de datos (¿entiéndase EBSCO?) que buenamente permiten el acceso libre a textos completos: todos menos los más necesarios (pero a caballo regalado no se le miran los dientes, ¿no?). Quién más o quién menos, habrán participado en las redes de colaboración organizadas a través de toda Latinoamérica entre bibliotecas y bibliotecarios de

distintas disciplinas (p.ej. listas médicas como ABBA) para el intercambio de recursos. Y, quién más o quién menos, sabrán de todos los *hackers* asiáticos y europeos que se dedican a destrozarse las barreras de seguridad de las grandes vendedoras del saber y a facilitar los contenidos atesorados tras esas murallas a todo el mundo, al mejor estilo Robin Hood. (Aunque sea "ilegal" y mis palabras suenen a "apología del delito", debo decir que admiro a esos tipos de corazón...). Y sabrán también de todas/os las/os colegas (y sus usuarios) que se "benefician" del trabajo de esos *hackers*.

*[Sí, sí, es ilegal, lo sé, pero más ilegal debería ser vender conocimiento, o vedar el acceso al mismo a los países y sectores sociales que no pueden pagarlo, y que son precisamente los que más lo necesitan... No, nadie declara eso como "fuera de la ley" porque muchos se enriquecen con ello, así que permítanme aplaudir a alguien que, por una vez en la vida, hace justicia].*

Quizás ustedes piensen que los profesionales y académicos que publican tales conocimientos ganan un buen dinero con ello. Se equivocan: nada más lejos de la realidad. A grandes rasgos (siempre existen excepciones) cualquier investigador produce saber, investiga, reflexiona y construye por el bien del propio saber, por el bien de los destinatarios... Lo sé, suena utópico, pero en líneas generales es cierto. Otro día podemos discutir acerca de los beneficios que obtienen los científicos de su labor (nadie vive del aire...). El punto aquí es que, cuando un profesional envía un artículo científico / humanístico a una revista para que se lo publique, no lo hace esperando cobrar. Nadie le suele pagar por ello. Sin embargo, la editorial que publica

la revista (incluso su versión en línea) cobra fortunas por el acceso al texto completo del trabajo.

Quizás lo peor es que los autores publican –o intentan publicar– en las revistas más apreciadas, con mayor status (esas que son, precisamente, las más caras, las más importantes, las más interesantes, las más necesarias... las más inaccesibles). Esto ocurre porque, a la hora de redactar sus CV, esos profesionales necesitan, por fuerza, tener un cierto número de publicaciones en revistas de alto ranking. En muchos casos, si desean obtener becas o subsidios para seguir investigando deben colocar sus textos en revistas con altos niveles de impacto. De esta forma, el mejor conocimiento, el más actualizado, el de avanzada, queda limitado por las murallas de unos pocos títulos que se venden a precio de oro. Los autores no suelen ver un solo dólar (es más, quizás no tienen más remedio que publicarlo ahí) y los editores lucran con un saber que les pertenece desde el momento en que los autores les ceden sus derechos (*copyright*) pero que ni produjeron ni mejoraron: sólo difundieron.

¿Qué ocurre con esto? Sencillo: pocos pueden pagar las suscripciones, así que pocos leen los trabajos. Los que los leen obtienen un conocimiento estratégico, mejoran sus vidas, son felices, etcétera.

Y los que no... pues no.

Pero ocurre que, con toda esta parafernalia de claves, contraseñas y altos precios que encadenan el saber y lo limitan a las manos de unos pocos privilegiados, los científicos

comenzaron a notar que perdían visibilidad e "impacto", es decir, que poca gente sabía de ellos y de sus investigaciones. Y si era así... ¿para qué investigaban? Esto ocurrió cuando surgían las primeras redes electrónicas de información / comunicación. Pronto comprendieron que, si se trataba de lograr difusión, podían obtenerla ellos mismos usando Internet de forma hábil. Por ende, comenzaron a buscar espacios libres en donde publicar sus productos sin perder, por ello, seriedad y calidad. Y si bien siguieron publicando en las revistas, fue más que nada por el status y el CV. Así nació el movimiento *Open Access*, respetando la antigua tradición científica de difundir el conocimiento como objetivo prioritario del investigador, y aprovechando las nuevas herramientas de información y comunicación digitales. Y sumando un poco de ética y equilibrio a una "Sociedad de la Información" que parecía haberse olvidado de los más desventajados.

Con el Acceso Abierto se garantiza la igualdad de oportunidades en el acceso a la información. Se garantizan, por ende, muchas otras igualdades y oportunidades: de crecimiento, de desarrollo, de solución de problemas, de educación cualificada, de información actualizada...

Asimismo, en algunos casos se garantiza la libertad de expresión. Pues muchos archivos abiertos dan voz a aquellos que son silenciados por las ideologías dominantes, que deciden qué trabajos se publican y qué bocas deben ser amordazadas.

En resumidas cuentas, se busca que se deje de comerciar con lo incommerciable, y que, haciendo un uso responsable e inteligente de las tecnologías que están comenzando a

dominar el mundo, se libere el saber de todos a todos, sencillamente porque tal saber fue creado para el bien común.

Se busca eliminar restricciones. Nada más. Y nada menos.

Se busca también que se haga un uso razonable e inteligente del derecho de autor, un derecho del cual se aprovechan en forma tiránica muchos editores.

En el caso que cité al principio de este texto, estamos hablando de una propuesta de Archivo de Acceso Abierto enfocada a la Psicología, pero en nuestra profesión bibliotecológica existe una propuesta similar (E-LIS), y hay muchas otras en diferentes disciplinas científicas y humanísticas.

Creo profundamente y por instinto en la filosofía que subyace al movimiento de Acceso Abierto. Y me aferro a esas ideas —y las difundo, y las trabajo, y las enseño— cada día más, en especial cuando veo a futuros médicos (residentes en hospitales públicos, ganando 100 o 200 dólares) sin posibilidades de acceder a recursos actualizados de información que garanticen su adecuada formación. O a futuros ingenieros, o a futuros biólogos, estudiando con libros de hace 10 años "porque no hay dinero para comprar las ediciones nuevas o para pagar las suscripciones". Es en esos momentos cuando comprendo que de esa forma la salud, la educación, el crecimiento y el progreso de un país y de un continente se desvanecen. Es allí cuando me siento de este lado de una gran brecha, de una enorme muralla. Es allí cuando recuerdo las bibliotecas y los usuarios de ciertas bibliotecas europeas —visitadas durante mis

viajes— y las profundas diferencias con las nuestras. Y se me hace un nudo en el estómago, y se me llenan los ojos de rabia. Y es allí cuando más me aferro a mis ideales de libertad y de anarquismo.

Y quizás sea en esos momentos cuando más admiro a los pocos que tienen el coraje de burlar —aunque sea ilegalmente— las condiciones nauseabundas que imponen los traficantes de conocimiento. Y darle alas a un saber que nació para volar.